

Presentación del libro de Ediberto López:
Introducción al griego de la Biblia

Dr. Justo L. González

The logo for AETH (Association of Evangelical Theologians and Hermeneutists) features a stylized, multi-colored triangle above the word "AETH" in a large, serif font. The triangle is composed of several overlapping, semi-transparent shapes in shades of yellow, orange, and red. The text "AETH" is in a light gray color.

AETH

Río Piedras, Puerto Rico
9 de marzo, 2010

Presentación del libro de Ediberto López:
Introducción al griego de la Biblia

Hace unos veinte años, en una ciudad de los Estados Unidos, me topé con un pastor pentecostal quien apenas había terminado el tercer grado de escuela primaria. Todo lo demás lo había aprendido por su cuenta; y era mucho lo que había aprendido. Pero lo que más me sorprendió fue ver sobre su mesa de trabajo un Nuevo Testamento en griego y una gramática griega.

Cuando le pregunté acerca de lo que estaba viendo, me contestó: "No me puedo imaginar cómo voy a dedicar mi vida a predicar sobre un libro que yo mismo no puedo leer". ¡Eso es amor por la Palabra de Dios! ¡Eso es respeto por la Palabra de Dios! ¡Eso es responsabilidad en la tarea de la predicación!

Pero entonces mi amigo continuó: "El problema que tengo es que lo único que he podido encontrar es esta gramática griega en inglés. Y la verdad es que yo no sé mucho inglés..."

Aquella conversación me recordó otra que tuve cuando era estudiante de seminario hace ya más de medio siglo. Nuestro maestro de griego era un personaje pintoresco. Le gustaba pasar por ogro, pero tenía un corazón blando como una panetela.

Ese fue el mismo maestro de quien he contado muchas veces, que también enseñaba historia de la iglesia. Nuestro libro de texto estaba en inglés, y parecía que toda la historia de la iglesia iba a culminar en el cristianismo anglosajón. Como he dicho otras veces, un día le dije que él debería escribir una historia de la iglesia en español, y desde nuestro punto de vista, y me contestó que eso nunca sería posible, pues los evangélicos de habla hispana éramos demasiado pocos.

Pues bien, ese profesor era quien también nos daba clases de griego. El primer día de clase, escribió en la pizarra el alfabeto griego, e inmediatamente nos mandó abrir nuestros Nuevos Testamentos griegos en el Evangelio de Juan. Cada cual descifró como pudo los títulos de los libros, hasta que todos encontramos a Juan. El maestro señaló entonces a un estudiante de otro país, y le mandó leer en voz alta. El estudiante, tartamudeando, no daba pie con bola.

Por fin el maestro le dijo: "Hombre, usted es un ñame con corbata."

Y el estudiante le contestó: "Profesor, ¿qué es un ñame?"

Al segundo día, llamó a otro estudiante a la pizarra a escribir unas palabras en griego. El estudiante iba escribiendo, pero no se movía, de modo que el maestro no podría ver lo escrito. Por fin, el maestro le dijo: "Oiga, usted me recuerda a mi gato, que primero la hace y después la tapa."

Pero a pesar de todo eso (y en parte por todo eso), la clase era divertida. El maestro ciertamente amaba el griego. Y cuando alguien no entendía algo, su corazón de panetela le llevaba a pasar horas con ese estudiante, hasta que lo entendiera.

El peor problema era que teníamos una gramática griega traducida del inglés al español. Aquel libro le dedicaba varias lecciones a explicar que en griego todas las cosas tienen género, y que el artículo y los adjetivos tienen que concordar con el sustantivo en número y género. Eso era necesario para estudiantes de habla inglesa. Pero para nosotros bastaba con que nos dijeran que en griego, como en español, no se puede decir "la libro negras", ni "los libreta negros".

De igual manera, aquel libro pasaba lecciones y lecciones explicando las diferencias fundamentales entre el pretérito imperfecto y el aoristo. Pero a nosotros nos hubiera bastado que nos dijeran que, como en español, "caminaste" no es lo mismo que "caminabas".

Nuestro maestro tampoco tenía mucha paciencia con todo eso. Un día, exasperado, empujó el libro de su mesa al suelo diciendo:

Esto es una basura. En lugar de ayudar, confunde. Fíjense que el español que ustedes saben les ayuda a entender el griego. En nuestros verbos, una terminación en "o" nos dice que es primera persona singular: amo, camino, temo. Lo mismo en griego: *lyo*, *blepo*. En nuestros verbos, una "m" nos dice que es primera persona plural: pensamos. Lo mismo en griego: *lyomen*. En nuestros verbos, señalamos el futuro con una "r": amo, amaré. En griego, con una signa o "s": *lyo*, *lyso*. No le hagan demasiado caso al libro, que fue escrito en inglés para estudiantes que tienen la desdicha de no conocer nuestro idioma.

Entonces el ogro se calmó y salió la panetela. El maestro se inclinó, recogió el libro, lo desempolvó como acariciándolo y pidiéndole perdón, y siguió la clase.

En resumen, en mis primeras tres o cuatro semanas de seminario llegué al convencimiento de que nos hacían falta nuestra propia historia de la iglesia y nuestra propia introducción al griego. La historia por fin la escribí hace unos treinta años —y aprovecho la oportunidad para pedirles perdón a aquellos de entre ustedes que han tenido que sufrir su lectura.

Pero el libro de introducción al griego todavía estaba pendiente. Y eso fue lo que me recordó aquel hermano de escasa educación formal que sin embargo estaba tratando de aprender griego, y de hacerlo con una gramática en inglés, cuando él mismo sabía bien poco inglés.

Hoy me regocijo y celebro con ustedes el hecho de que aquel libro que mi maestro de griego no escribió por fin está en manos de nuestro pueblo, y que lo ha escrito mi querido y admirado amigo Ediberto López.

Para escribir este libro hacían falta tres características esenciales, y el Dr. López o mejor, Ediberto— las tiene en grado superlativo.

En primer lugar —no creo que sea necesario decirlo— hay que saber griego. Y saberlo bien sabido. No basta con haber estudiado alguna gramática y haberse leído el Nuevo Testamento.

Hay que tener pasión por el griego. Hay que sentirlo. Hay que amarlo. Hay que disfrutarlo. Hay que gozar de sus sutilezas y de sus cadencias. Quien conozca a Ediberto sabe que es un apasionado del griego. Estoy seguro de que Ediberto sueña en griego. Lo que es más, no se lo he preguntado a Vilma; pero me sospecho que en alguna ocasión, mirándole enternecido a los ojos, le ha dicho "*ego s 'agapó*".

En segundo lugar, hay que tener pasión, no sólo por el griego en sí, sino también por su enseñanza. Y Ediberto ciertamente tiene esa pasión. A través de los años no solo ha ido enseñando, sino que también ha ido aprendiendo cómo enseñar. Si sus estudiantes no entienden algo, Ediberto no da por sentado que se debe a falta de diligencia o de inteligencia, sino que toma en cuenta la posibilidad de que se deba al modo en que él lo ha enseñado. Y así, año tras año, ha ido perfeccionando su metodología educativa, dejando a un lado lo que confundía, y destilando lo que ha visto funcionar en la práctica misma de la enseñanza. El libro que ahora presentamos al público es el producto de ese proceso de perfeccionamiento y destilación.

Y, porque Ediberto comenzó sus estudios de griego desde el español, y no desde el inglés, y porque ha pasado todos estos años enseñándoles el griego a estudiantes cuya lengua materna es el español, su libro es precisamente aquel que yo le proponía a mi profesor de griego que escribiera, y él me respondía que tal cosa no era posible.

En tercer lugar, hay que tener pasión por la Palabra de Dios y por su proclamación. El griego es una lengua bellísima en la que escribieron los más grandes poetas de la antigüedad: Sófocles sus tragedias, Aristófanes sus comedias y Homero sus epopeyas. Cuentan de Schliemann, el famoso arqueólogo que se dedicó a estudiar las ruinas de las ciudades troyanas y micénicas, que lo que le llevó a estudiar aquella antigua civilización fue escuchar a un marinero griego borracho recitar partes de la Ilíada. La literatura griega —como toda buena literatura— tiene eso: nos cautiva. Schliemann quedó cautivado en tal medida que lo abandonó todo y se dedicó a excavar las ruinas de Troya y de Micenas. El punto culminante de su carrera fue cuando encontró en aquellas ruinas una máscara mortuoria de oro, y declaró, con más entusiasmo que razón: "Hoy he contemplado el rostro de Agamemnon".

El griego apasiona, sí; pero más todavía apasiona la Palabra de Dios. Ediberto no estudia el griego porque es una hermosa lengua, sino porque es en ella que nos llega la Palabra de Dios en el Nuevo Testamento. Si el griego no fuera bello, si fuera cacofónico, me imagino que Ediberto diría algo parecido a lo que decía Jerónimo, el traductor de la Vulgata, cuando estudiaba el hebreo: que le parecía una lengua bárbara, pero que algo debía tener de especial, pues era en ella que Dios había hablado.

Ediberto estudia y enseña griego para ayudar a sus estudiantes —y para ayudarse a sí mismo— a ser más fieles y precisos en su lectura, interpretación y proclamación de la Palabra de Dios. Como aquel otro amigo mío, Ediberto se dice: "¿Cómo voy a pasarme la vida predicando sobre

un libro que no puedo leer? ¿Cómo voy a capacitar a mis alumnos para que puedan leer el libro sobre el cual van a predicar por el resto de sus días?"

Por eso el libro que hoy presentamos se enfoca sobre "el griego de la Biblia", y no sobre el griego en general. Si nuestro idioma ha evolucionado en los 500 años desde tiempos de los Reyes Católicos, imagínese usted cuándo habrá evolucionado el griego en los 3,000 años desde tiempos de Homero hasta nuestros días. Luego, hay muchas clases y variantes del griego, del homérico al ático, al koiné del Nuevo Testamento, al bizantino, hasta el que se habla hoy en las calles de Atenas. Cuando en mis días de seminarista, frustrado por la gramática griega que teníamos, salí por las librerías de La Habana buscando otro libro mejor, encontré uno escrito originalmente en España, no recuerdo por quién, que tenía más de dos mil páginas. Aquel autor, cuyo nombre no recuerdo, ciertamente conocía el griego. Tomaba una palabra o una forma gramatical cualquiera, y la iba siguiendo desde los poemas de Homero hasta la Atenas de hoy. Era un libro maravilloso, y la única razón por la que no lo compré fue que el dinero no me alcanzaba. Pero ahora, pensándolo mejor, la verdad es que no sé lo que hubiera podido hacer con él. En medio de aquel bosque de detalles, aclaraciones y complejidades, no había senda que seguir. No se veía por dónde empezar. Y mucho menos a dónde se esperaba llegar.

En contraste con aquel libro, el que hoy presentamos es eso que hoy, en una de esas muchas corrupciones de nuestra lengua, hemos llegado a llamar "user friendly". Su propósito no es mostrar cuánto sabe el autor, sino ayudar al lector o lectora a saber más. Su propósito no es

hacernos expertos en griego y en todas sus complejidades, sino darnos un entendimiento más profundo de esa parte de la Biblia que está escrita en griego. Si el punto culminante de la carrera de Schliemann fue el día en que dijo "hoy he contemplado el rostro de Agamemnon", el éxito de este libro se medirá en cuanto, como resultado de haberlo leído y estudiado, alguien pueda decir con profunda y agradecida sorpresa, "hoy he escuchado Palabra de Dios".

Este no es sencillamente un libro de griego. Es un libro sobre el griego de la Biblia. Su propósito no es sencillamente que aprendamos el griego, sino también y sobre todo ayudarnos a leer aquella parte de la Biblia que está en griego.

Y esto nos lleva a una última dimensión de este libro que es necesario señalar. Su título es ***Introducción al griego de la Biblia***. El libro mismo es parte de una serie de "introducciones" que la Asociación para la Educación Teológica Hispana (AETH) ha venido publicando en colaboración con la casa Abingdon. Hay *Introducción al culto cristiano, Introducción a la ética cristiana, Introducción a la educación cristiana, Introducción a la teología cristiana, Introducción a Martín Lutero, Introducción a Juan Calvino, Introducción a Juan Wesley*, y varios más.

Esta serie trata de responder a la necesidad urgente de libros que nos ayuden a conocer lo mejor de las disciplinas teológicas. En nuestra lengua, en el campo de teología, hay muchísimos libros excelentes, pero prácticamente imposibles de leer. Son voluminosas obras,

frecuentemente traducidas del alemán o del inglés, cargadas de notas y aclaraciones, de referencias bibliográficas, de debates con otros autores. Son como aquella gramática griega que hojeé de muchacho: un bosque tan denso que no se ve por dónde entrarle, y del cual no parece haber salida.

Y frente a esos libros imposibles de leer hay también muchos otros de facilísima lectura, pero que es mejor no leer. Son los libros que toman pedacitos de la Biblia de aquí y de allá para convencernos de que si somos fieles todo nos va a salir bien —que encontraremos un buen trabajo, y quizá hasta que nos sacaremos la lotería. Son los libros que nos dicen que ahora vamos por el sexto sello del Apocalipsis, y que la bestia es fulano o mengana. Son los libros que nos prometen que, si les mandamos el diezmo a los autores, Dios nos lo devolverá con creces.

Por eso, entre los libros imposibles de leer y esos otros que es mejor no leer, queda la necesidad de otra alternativa: libros escritos por personas que de veras conocen el tema sobre el que escriben, por personas conocedoras de las disciplinas teológicas y pastorales, pero dispuestas a escribir, no para impresionar con lo mucho que saben, no para que se les tilde de eruditas, sino para servir al público lector, para ayudar al pueblo de Dios a ser fiel a su vocación.

Por eso este libro se llama ***Introducción al griego de la Biblia***. Porque no es un libro para mostrar lo que su autor sabe, sino para ayudar a quien lo lea a saber algo más sobre esa Biblia que tanto el autor como su público aman y respetan. Aquellos otros libros imposibles de leer no

son en realidad sobre el tema que se anuncia en el título, sino que son sobre la erudición de quien los escribe. Este no. Este libro no es sobre don Ediberto y lo mucho que sabe —y no cabe duda de que Ediberto sabe mucho— sino sobre esa Biblia escrita en griego, sobre cómo podemos encontrar más profundidades en ella, sobre cómo nuestra predicación y nuestra enseñanza se pueden enriquecer.

Por ello, al lanzar este libro al público, no podemos sino decir, "gracias, don Ediberto" —o, como él mismo nos enseña a decir: *kirie Ediberte, eujaristó*.

